

JOSE ANTONIO CONDE

«Amor de Leandro y Ero» (Museo)

Dirásme, Musa, el luminoso fuego
del oculto y suave amor testigo,
los tiernos Hymeneos que pasaron
del mar undoso las sonantes aguas,
y el nadador nocturno, aquellas bodas
obscuras, que jamás la clara Aurora
pudo mirar al conducir el día:
Dime, Sesto y Abydo en que la noche
con atezadas sombras encumbría
de la tierna doncella los amores:
oigo tu voz, paréceme que dices
del nadador Leandro, y de la tea
luciente antorcha, dulce mensajera
de la risueña Venus coronada,
y de la tierna Ero, anunciadora
de la temprana boda, dulce fuego,
antorcha hermosa del amor suave,
a quien debiera el poderoso Jove
que los etéreos campos señorea,
al cielo trasladar, porque luciese
a par de las estrellas relumbrantes,
y que la clara estrella se llamase
de las suaves amorosas bodas,
porque alivió las amorosas penas
de los triste y tiernos namorados,
antes que el soplo del airado viento
del hondo mar las olas incitara,
y fue de los velantes Hymeneos
anunciadora fiel; al menos sigue
con tu canto mi voz, y de la antorcha
dí la apagada luz, y de Leandro
que traganon del mar las bravas ondas.
En Sesto fue y Abydo, Ciudad puesta
en la costa del mar, las dos estaban
enfrente una de otra, y muy cercanas
entre sí, donde Amor su brazo y arco
estendiendo, con sola una saeta
lanzó un ardiente y poderoso tiro
en ambas las ciudades, abrasando
un gallardo doncel y bella joven:

El hermoso Leandro era llamado
el mancebo, y Ero la doncella;
ésta moraba en Sesto, él en Abydo,
de sus pueblos los dos claras estrellas,
y semejantes ambos; si por acaso
llegares, peregrino, a estas regiones,
busca en ellas la torre do vivia
la Sestiana Ero, que con su antorcha
solía conducir a su Leandro.

Atiende allí la resonante playa
de Abydo antigua do las mismas aguas
llorando están el lastimoso caso,
y los tristes amores de Leandro;
más qué causa viviendo allá en Abydo
hizo a Leandro arder en los amores
de la graciosa Ero, y cómo pudo
prenderla Amor de sus ardientes lazos?

Era de noble sangre descendida
Ero la bella, y de la Cypria Venus
casta sacerdotisa aún no casada,
y del vecino mar en alta torre
sus padres la tenían, otra Pafia
en gracia y magestad honesta y pura,
y ni jamás a conversar venía
con las otras doncellas a los valles,
ni sus festivas danzas frecuentaba
la bella joven en su edad florida,
y cuidaba evitar la fiera envidia
que a las débiles hembras atormenta,
por ser de la hermosura codiciosas.
Allí aplacaba a la risueña Venus
con sus ofrendas y el Amor hacía
propicio, y a sus votos favorable,
qual su celeste madre, recelando
la cruda flecha de su ardiente aljaba;
pero ni así la triste evitar pudo
los llameantes amorosos tiros.

Llegó de Venus la sagrada fiesta,
la celebrada fiesta que los pueblos
en Sesto hacían a la bella Venus,
y a su difunto Adonis: a la fiesta
corren en tropa los vecinos pueblos,
quantos habitan las cercanas costas
de las islas que ciñe el mar sonoro.
Vienen de Emonia, y la marina Chipre,
ni queda de Cytere en las aldeas
muger alguna, ni en las altas cumbres
del oloroso Líbano en las danzas:
Vinieron los de Frigia, y los que moran
en la cercana Abydo, ni faltaba

algún joven amante de doncellas,
 que los jóvenes siempre venir suelen
 a la fama de fiestas celebradas
 no tanto porque cuidan las ofrendas
 de los eternos Dioses; más llevados
 del placer dulce y juvenil deseo
 de ver las congregadas hermosuras.

Andaba por el templo de la Diosa
 con un gracioso y delicado paso
 Ero la hermosa, de sus bellos ojos
 un agradable resplandor salía,
 qual la luna de cándidas mexillas
 a su nacer, los círculos supremos
 de sus mexillas blancas como nieve,
 purpureaban como frescas rosas
 al despuntar del cáliz dividido
 con un albor purpuro matizado.
 Y pudieras decir que un prado ameno
 Ero en sus bellos miembros descubría,
 y su candor por todo purpuraba;
 y al andar la sutil cándida veste
 de sus pies traslucía lo rosado,
 y gracias mil sus miembros esparcían;
 solas tres gracias los del tiempo antiguo
 fingieron ser, mas en los bellos ojos
 de la risueña y amorosa Ero
 brillaban gracias mil, y ciertamente
 digna sacerdotisa halló Cytere,
 que a todas excedía en gentileza,
 y de la diosa al culto consagrada,
 hermosa nueva Pafia parecía:
 de los ardientes jóvenes ofusca
 las tiernas mentes, ni mancebo había
 que de Ero los abrazos no anhelara:
 por do quier que en el templo bien labrado
 la bella discurría, conllevaba
 la mente, el corazón, y las miradas
 de los jóvenes todos, y admirado
 alguno dixo allí de esta manera:
 Pasé la Esparta, vi Lacedemonia,
 la divina ciudad, do estar sabemos
 la flor de las hermosas, y mis ojos
 jamás vieron beldad, ni gentileza
 en mil doncellas tiernas y floridas,
 dulce causa de afanes deliciosos,
 que con la de Ero, sabia y recatada,
 se pueda comparar, y tal vez Venus
 tiene aquí alguna de las bellas gracias;
 cánsanse de mirar los ojos míos,
 y del dulce mirar no hallan hartura:

muriera yo, muriera yo al instante,
y agradable la muerte me sería,
si a su suave lecho entrar pudiese,
y si Ero fuese mi adorada esposa,
y con ella viviese yo en mi casa,
ni ser quisiera Dios, ni yo envidiara
las celestes moradas del Olympo;
mas ya siquiera, poderosa Venus,
que de ventura tanta estoy privado,
que ni puedo tocar la consagrada
hermosura, siquiera me conceda
alguna joven algo semejante,
que será para mi bella consorte.
Cada qual de los jóvenes decía
estas y otras razones diferentes,
y algunos ocultaban en su pecho
la llaga del amor de la doncella,
y en él se fomentaba y recreaba
con violencia insana; tú, Leandro,
desgraciado Leandro, no quisiste
tu pecho consumir de oculta llama,
y del ardiente y improviso tiro
fuiste domado, y ni vivir podías
de la bellísima Ero separado:

El amoroso fuego se aumentaba
del dulce rayo de sus bellos ojos,
y el namorado corazón ardía
y a su voraz impulso era desecho;
que la hermosura de la tierna joven
traspasa el corazón qual veloz flecha:
Los ojos dan entrada, y de los ojos
pasa el ardiente tiro a las entrañas,
ocúpale el pudor súbitamente,
y allá en el pecho salta palpitante
su corazón, se quiere osar y teme
y la dudosa admiración le agita.
Vuelve a considerar la bella, y torna
a ser osado porque Amor lo quiere,
y silencioso vá, llégase al frente
de la doncella, y con mirar suave,
y dulces señas con diversos giros,
fixa sus ojos en la bella joven
por seducir sus delicadas mientes.
ella conoce en su mirar cuidadoso
el amor de Leandro y en su pecho
se complació por sus hermosas gracias:
mas esquivaba su beldad divina
de las blandas miradas amorosas;
y ocultamente luego le llamaba
con expresivas señas a otra parte.

Gozábase Leandro en sus adentros
viendo no ser su amor desconocido
ni desechado de la joven bella.
Mientras Leandro de impaciencia lleno
con ansia espera las ocultas horas,
la clara aurora sus dorados carros
al inmenso Oceano conducía,
y de la parte opuesta relumbraba
entre profundas sombras el lucero
Esperio, y el amante mas osado
acia su joven va, mirando alzarse
de obscuridad el atezado manto.
Aprieta con su mano blandamente
de la doncella los rosados dedos,
y allá del tierno namorado pecho
un suspirar dulcísimo se oía.
La joven nada dice, mas retira
su bella mano como airada, entonces
de sus desvios y esquivez suave
conoce el corazón de su adorada,
y mas osado con la diestra toma
la rica banda del precioso manto,
y a lo más escondido la conduce
del venerable templo, con pie tardo
y repugnante y tímida seguía
Ero la hermosa, y qual si no quisiera
a Leandro decía estas razones
mezcladas de amenazas femeniles:

Extranjero, que intentas? ay en vano!
do me llevas, doncella desgraciada?;
dexame, y otra via seguir puedes.
Dexa, dexa mi manto, y de mis padres
poderosos las iras luego evita,
no te es dado llegar, ni tocar debes
a la doncella a Pafia consagrada,
y ni es tan facil al guardado lecho
llegar de una doncella; así decía
con amenazas propias de una joven.
Leandro luego que los fuegos mira
de aquellas femeniles amenazas,
seguras muestras del rendido pecho
de la tierna doncella, porque siempre
amenazan así viéndose instadas
de los ardientes ruegos de los mozos,
y son sus amenazas precursoras
de las delicias y amorosos fuegos:
entonces del Amor fue traspasado
con un ardiente tiro, y el suave
y aromático cuello de la hermosa
besando pronunciaba estas razones:

Tu eres mi Venus bella, tu mi Palas,
amada mía, ni llamarte quiero
igual a las humanas hermosuras,
más te comparo a las divinas hijas
del poderoso Cronio. Venturoso
quien te dió el ser feliz, feliz la madre
que te parió, feliz muy más el seno
en que fuistes llevada, ay, ya siquiera
oye mi tierno y amoroso ruego,
y la fuerza dulcísima del alma:
y, pues Sacerdotisa eres de Venus,
no abandones las obras más sagradas
de la risueña Venus Cytrea,
no es bien que una doncella a Venus sirva,
ni Venus con doncellas se recrea.
Y si es que quieres tu sus amorosos
misterios penetrar y sacras fiestas,
para eso son los tálamos y bodas,
y, si te precias tú de amar a Venus,
ama también las apacibles leyes
del dulce amor que el corazón alhaga.
Ay, mis ruegos admite y me recibe
y si te agrada, yo seré tu esposo:
pues Amor con sus tiros me ha rendido
qual Mercurio ligero, de dorada
vara, prendiera al esforzado Alcides,
y a la Yardania ninfa le conduxo,
para que le sirviera como esclavo.
Así Venus lo quiere, y me ha traído
a ti, no conducido por el sabio
Mercurio: tú bien sabes, ó doncella,
que Atalanta de Arcadia recatando
su doncellez amada huyó del lecho
de Melanio, su dulce namorado;
pero Venus con ella endurecióse,
y vióse andar perdida por amores
del que en su corazón aborreía.
Puédate persuadir, teme las iras
de Venus poderosa; así diciendo,
el animo venció de la doncella.
Repugnante, rindióla con razones
que inspiraban amor, y enmudecida
fixó los bellos ojos en el suelo,
sus purpureas mexillas ocultando,
con un casto rubor enrojecidas,
y con sus lindos pies, sin saber nada,
barria levemente el pavimento:
y de vergüenza hermosa muchas veces
descomponía el recamado manto.

que de los bellos hombros le pendía,
todas de persuasión ciertas señales.

Es el silencio de vencida joven
promesa ya del delicioso lecho:
hirióla pues la dulce amarga punta
de los amores, y en suave llama
ardía el corazón de la doncella,
y del bello Leandro contemplaba
la admirable belleza, y entre tanto
que sus ojos turbados vergonzosos
inclinados al suelo mantenía.
Leandro más y más enardecido
su faz de amor furiosa y agitada,
con ansia dulce de mirar sus ojos
y sin hallar hartura contemplaba
el cuello hermoso de la tierna joven,
que ruboroso amor su faz cubría,
y estas dulces razones a Leandro
decía: ay tus palabras, forastero,
aun una dura peña quebrantarán:
quién te enseñó tan engañosas vías
y razones tan varias? ay cuitada,
quién a mi patria tierra te ha traído?
Así decía en vano, cómo siendo
un extraño varón desconocido
quieres unirme a los amores míos?
Ni mezclarnos podemos libremente
ni en legítimo tálamo juntarnos,
porque no agrada a mis amados padres:
y quando tu quisieras ocultarte
y aquí en mi patria estarte fugitivo,
cómo se ocultarán nuestros amores?
Aunque nocturna y tenebrosa Venus
propicia sea, que la humana lengua
gusta de disfamar, y lo que pasa
en estancia apartada y silenciosa,
en las públicas plazas es oído.
Dime tu nombre, ni negarme quieras
tu patria, pues de mi todo lo sabes:
Ero es mi noble nombre, y esta torre
que baña el mar con sus sonoras aguas
es mi morada excelsa donde habito
con una sola esclava que me sirve;
y por cruel consejo de mis padres
de la Ciudad de Sesto separada,
aquí paso, vecina del mar bravo,
en las riberas hondas y escarpadas,
ni tengo cerca alguna mis amigas,
doncellas de mi edad, ni jamás veo
de los gallardos jóvenes las danzas,

y noche y día en mis oídos hiere
el fragor estruendoso de las ondas
del mar embravecido por los vientos.
Diciendo así, baxo su mano cubre
las rosadas mejillas, toda llena
de una vergüenza pura y amorosa,
que sus mismas razones acusaban.

Leandro, herido de amorosa punta,
meditaba de amor tiernos combates,
que fácilmente doma Amor astuto;
al mar salió varón con sus saetas,
y le cura otra vez de sus heridas;
y a los que el Dios potente tiraniza
les da consejos sabios y oportunos
y al amante Leandro fue propicio,
y al fin entre suspiros muy profundos
decía esta razón artificiosa:
por ti doncella, por tu amor suave
pasaré el bravo mar, aunque sus ondas
hierban hinchadas con ardiente fuego,
estén innavegables y encrespadas,
que yo no temo las marinas olas,
si yo vengo a tu tálamo, desprecio
el fragoso estruendo del mar bravo,
y el rebramar horrendo de los vientos,
y por la noche pasaré las aguas
de Helesponto de rápidas corrientes.
Es Abydo mi patria, mas de tu alta torre
mostrarásme una luz que resplandezca
en las tinieblas de la noche obscura,
y mi guía será, pasaré a nado,
seré de Amor la nave, conducida
de la luciente estrella, y yo mirando
nunca veré tu luz al trasponerse
la estrella de Boote, ni al osado
Orion, ni del Carro el seco tiro,
y de mi opuesta patria al dulce puerto
me tornaré; más cuida, bella mía,
no te apaguen la luz los fieros vientos,
sin verla quedaré desanimado,
y al punto moriré, si mi luz muere,
mi luz, guía brillante de mi vida,
y si también mi nombre saber quieres
es mi nombre Leandro, tierno esposo
de la graciosa y bien trenzada Ero.
Así trataban los amantes pactos,
ocultas bodas y amistad nocturna,
y a guardarlos se obligan, y la antorcha
de sus conciertos único testigo,
ella ofrece mostrar su luz al joven,

y él traspasar las ondas del mar bravo.
Muchas noches sin sueño así pasaban
en desvelados amorosos juegos,
y siempre sus abrazos suspendía
cruel necesidad de apartamiento,
ella a su torre, y él en las tinieblas
de la noche tomaba las señales
de la torre por no descaminarse,
y al gran pueblo de Abydo navegaba,
mil veces deseando las ocultas
peleas amorosas y los juegos
nocturnos, suspirando por las horas
de obscuridad que el tálamo disponen.

Ya de la noche el atezado manto
se iba extendiendo con obscura sombra
trayendo el dulce sueño a los mortales,
mas no a Leandro tierno namorado,
que en las playas del mar estrepitoso
esperaba la luz anunciadora
de sus iluminados hymeneos,
de la lúgubre antorcha deseando
la grata seña, y desde lejos mira
y otea la señal, suave anuncio
de su furtivo tálamo, ya vía
las tenebrosas sombras de la noche
y el fugitivo resplandor del Cielo:
Ero su luz enciende, y encendida
también se abrasa el pecho de Leandro,
ambos ardían, pero más el joven.
Oyendo está del mar enfurecido
el estruendoso rebramar horrendo,
teme Leandro un punto, y mas osado
su corazón alienta de este modo.
Fiero es amor, el mar es implacable,
del mar la fuerza es agua, de amor fuego
que allá dentro del pecho me devora:
pues cómo un corazón enardecido
teme del mar las espumosas ondas?
y si tanto es tu amor, por qué las aguas
te detienen así? por caso ignoras
que Venus de las ondas fue nacida,
Reyna del mar y de amorosas penas?
Diciendo así de sus hermosos miembros
los vestidos quitó con ambas manos,
al cuello los ató, y desde la orilla
lanzóse al mar, siguiendo el dulce rayo
de la antorcha que enfrente descubría.
Remero a un tiempo, piloto y nave.
Ero alumbrando desde su alta torre
mil veces con su manto defendía

la antorcha del impulso porfiado
de los odiosos vientos, hasta el punto
en que cansado a la Sestiana playa
llegó Leandro, y le guió a la torre,
y ya desde las puertas abrazaba
al esposo cansado y anhelante
sin decir nada, y a la estancia lleva
al joven; sus cabellos destilaban
húmedas gotas de marinas aguas:
lavó su cuerpo todo, luego ungióle
con un rosado y oloroso unguento,
por disipar el grave olor marino,
y sin dexarle reposar un punto
en su mullido lecho acariciaba
al fatigado esposo, y con sus brazos
dulcemente ceñido le tenía,
y estas blandas razones comenzara.
O cuanto has padecido, esposo mio,
ningún esposo ha padecido tanto,
has harto padecido, baste, baste,
ya de saladas aguas, y el salobre
piscoso olor del mar, y su bramido,
en mi seno depon tantos sudores,
en mis brazos descansa, así decía:
él entonces la zona desataba
y el pacto cumplen de la amable Venus.
Eran bodas sin danzas ni cantares,
era lecho, y la junta consagrada
ningun poeta celebró, ni había
por la casa nupcial ardientes teas,
ni alguna suelta danza celebraba
a los consortes, ni sus dulces padres
los dulces hymeneos entonaron;
mas el silencio el tálamo dispuso
en las horas al lecho destinadas:
la misma obscuridad ornó a la Esposa,
mas fue fiesta nupcial sin Hymeneos,
la negra noche preparó la boda,
ni jamás a Leandro vió en el lecho
la clara Aurora, y a pasar tornaba
a nado el mar acia la opuesta costa.
Insaciable el joven respirando
los nocturnos placeres amorosos.
Ero engañaba con tendida veste
a los cuidadosos padres, por el día
pasaba qual doncella recatada,
y por la noche como nueva esposa:
quantas veces los dos el ocidente
de la rosada aurora desearon!
Así escondiendo del amor la fuerza

se deleytaban con ocultos juegos,
mas poco les duró la dulce vida
ni mucho tiempo ya se recreáron
con caricias y abrazos diferentes:
pues quando vino el erizado invierno
que mueve las horribles tempestades
en las corrientes rápidas del agua,
y en la agitada hondura del mar bravo
los vientos invernizos respiraron
removiendo del mar el campo inmenso,
y con vehemente impulso lo agitaban;
por todas partes yace el mar turbado
y en las quebradas rocas despedaza
la negra nave, y huye el marinero
del borrascoso píclago las iras,
mas del mar, o Leandro valeroso,
las invernizas furias no temiste,
y de la cima de la alzada torre
quando miraste la señal sabida,
la luz de tus placeres mensagera
y páfida y cruel ay! persuadióte
a despreciar del mar la furia brava:
y no fuera mejor, Ero infelice,
estar sin tu Leandro en crudo invierno
y no haber encendido aquella estrella
nuncia de los placeres amorosos!
Más el Amor y el hado lo quisieron:
ni ya amor la antorcha parecía,
más de las Parcas la funesta tea.
Era la noche, y mas los fieros vientos
sus redoblados soplos agitaban,
y tempestad horrisona batía
del bravo mar las arenosas playas.
quando a Leandro la esperanza mueve
de los dulces abrazos de la hermosa,
y a las marinas resonantes bodas
él triste era llevado. Revolvía
el mar ondas sobre ondas, encrespadas
montañas de agua hieren las estrellas,
y el ether con el mar se confundía:
sacudida la tierra a todas partes
con el combate de los bravos vientos
el Euro contra el Zéfiro soplabá,
el Noto fiero al Boreas animoso
amenazaba, y el fragoso estruendo
del rebramante mar era incesante.
El sufrido Leandro rodeado
de implacables y rápidas corrientes
muchas veces a Venus, la marina,
suplicaba y al Rey del bravo Ponto,

Neptuno, que las tierras cerca y bate,
ni se olvidó de recordar al Boreas
de Atis la bella Ninfa los amores;
más todo en vano fué, ni Amor el mismo
detener pudo sus crueles hados:
a todas partes las furiosas ondas
amontonadas a su encuentro salen,
y rapidas corrientes le arrebatan,
y de sus pies turbóse el movimiento.
cansadas ya sus manos le abandonan
y con esfuerzo vano las movía,
a su pesar tragaba las amargas
aguas del mar salado e indomable,
y la pérdida luz apagó el viento,
el enemigo viento, y juntamente
la vida y el amor del triste joven.
Ero la bella que cuidosa estaba
y fluctuando en amorosas penas,
con vigilantes ojos atendía
a su nadante esposo, y la infelice
la Aurora vió venir, más no a su esposo:
y del mar oteando las llanuras
dilatadas, volvía a todas partes
sus impacientes y funestos ojos,
por si en el ancho mar errante andaba
apagada la luz que fué su guía.
Más ay! la triste vióle al fundamento
de la empinada torre atormentado,
del golpear furioso de las aguas:
luego que vió sin vida a su Leandro,
desde los pechos rasga el rico manto,
y al mar se lanza desde la alta torre.
Así murió por su difunto esposo
y hasta en la misma muerte se gozaron.